Antonio Iraizoz

El Distinguido Terrorista

EN nuestra raza, predomina lo pasional sobre la razón cuando de política se trata. Somos impresionables y difícilmente meditativos. Entendemos la política, como entendemos la pelota. Un partido o club nos inspira simpatías o desden. Al tratar de justificar tales sentimientos, no encontramos motivos verdaderos. Los méritos se desconocen. Los hechos se olvidan. Reveses o triunfos dan lo mismo.

En la mayoría de los casos suele agradarnos mejor el más insumiso, que, por lo común, no es el más sensato, también el que grita más, que no suele ser el que tiene razón; el de aptitudes levantiscas, que, por lo general, no tiene argumentos que oponer al contrario.

Cuando se caldea el ambiente político —como nos ha pasado en Cuba por las pugnas entre los que ocupan el Poder y los que quieren derribarlo— nunca se ofrece un verdadero programa de ideas, o un cambio de sistema en la vida institucional, o modalidades distintas a las conocidas para suponer que vamos a estar mejor. Substancialmente es el empeño de quitar a unos para poner a otros. Las cuestiones públicas siguen lastradas por las mismas anomalías: el provecho personal, las grandes ventajas para los contratistas favorecidos, seguir retribuyendo la vagancia, aupar determinados bufetes o determinados negocios. Nunca nada que signifique desinterés o patriotismo.

Por el mismo ímpetu de la contienda suelen olvidarse elementales sentimientos humanos, como es el respeto a la vida, no dañar a inocentes, no perjudicar por gusto. Multiplícanse los atentados, los actos de sabotaje y de terrorismo. Llega a un punto el apasionado sectarismo donde queda, como zona muerta, la protesta contra las formas selváticas, incivilizadas, que dan nula idea de nuestra condición de Estado soberano y responsable.

Aquí se utilizó contra el general Machado procedimientos violentísimos, donde perdieron la vida centenares de personas ajenas al debate político. Entonces les pareció bien a muchos aquel terrorismo, aquellos atentados personales contra los agentes de la autoridad. Al estallar una bomba, un petardo, o caer herido un policía, se alegraban. No respetaron que tanto la Policía como las demás Fuerzas Armadas, hasta ese momento, habían sido leales a todos los gobiernos, sin traiciones. Cumplían órdenes superiores. Para ellos no hubo piedad. Aquellos vientos de entonces trajeron posteriores tempestades.

Aducir que se combatía una situación dictatorial tampoco era razón. Durante la contienda contra la Metrópoli, don Tomás Estrada Palma no quiso enviarle dinamita al esforzado Armando André para que volara a Weyler en su propio palacio: la revolución no podía sentar aquel criminal precedente que luego se repetiría en la República libre. Así contestó don Tomás y consta en el Archivo Nacional su negativa.

Mientras no haya un arrepentimiento colectivo del angustioso pasado, muchos cubanos seguirán creyendo que "el fin justifica los medios"... Puedo hablar así, porque condené el terrorismo en tiempo de Machado y después de Machado, en todas las situaciones, hasta en aquellas que me fueron más hostiles. Los que introdujeron el terrorismo en Cuba no tienen autoridad moral para decir lo mismo.

Así como una vez se acuñó la divertida frase del "distinguido revolucionario", si continúa la etapa de subversión que lamentamo. posiblemente aparezca la fórmula del "distinguido terrorista" y se considerarán como apóstoles, mártires héroes, criminales vulgarísimos productos de la conturbación moral que venimos padeciendo.